

bam
bú

Ohio

Àngel Burgas

Traducción de Noemí Risco



Editorial Bambú
es un sello de Editorial Casals, SA

Título original: *Ohio*

© 2019, Àngel Burgas, por el texto
© 2021, Noemí Risco, por la traducción
© 2021, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Ilustración de la portada: Sergi Pérez
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2021
ISBN: 978-84-8343-802-2
Depósito legal: B-12301-2021
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

PRIMERA PARTE

OHIO

Habían bautizado la Reserva con el nombre de Ohio. Me advirtieron de que se pronunciaba «OHAIO», con hache aspirada, y que el nombre provenía de una zona antes denominada Norteamérica.

Ohio no se parecía a nada de lo que conocía. En todo caso, era muy diferente y mucho mejor. En el remolque del camión deduje que los que íbamos a Ohio llevábamos la identificación roja. Estábamos sentados en unos asientos de madera, ajados, unos al lado de los otros, formando varias filas, como en los cines antiguos.

Yo estuve una vez en uno de esos viejos cines. Por aquel entonces todavía vivía con mis padres. Mi madre me había dicho que iríamos a ver una película en una pantalla grande, mucho más larga y ancha que la del televisor, el ordenador o la tablet. Recuerdo que mi padre no estaba muy convencido.

–Se aburrirá –predijo–. Querrá salir al cabo de diez minutos. No está acostumbrado a pasar tanto rato sentado sin moverse.

Mi madre me advirtió de cuánto duraba la película y de la necesidad de no levantarme de la butaca ni hablar para no molestar a los presentes en la sala.

–Será tirar el dinero –insistió mi padre.

Mi madre se rio y me guiñó el ojo.

Recuerdo de forma muy imprecisa cómo se reía mi madre. De hecho, tan solo me acuerdo ligeramente de su apariencia. No recuerdo bien nada de lo de antes. Aquella tarde fuimos al cine, sí, y vimos una película. No me aburrí en absoluto, pero no sabía decir qué película era, ni si se trataba de dibujos animados o de personas. Al salir, mi madre me preguntó si me gustaría volver otro día y yo le respondí que sí. No pudo ser: poco después de aquella tarde tuvo lugar el Impacto y entonces todo cambió.

Durante el trayecto dentro del camión no podía ver más que el cogote de los que tenía delante. A pesar de la oscuridad, distinguí a siete personas, hombres y mujeres. Tenían el pelo de color y longitud diferentes, y un par de ellas podrían haber sido tanto hombres como mujeres. Nos habían pedido que mantuviéramos la vista al frente y no nos giráramos. A mi derecha iba sentado un chico de mi edad, y a mi izquierda, otro mayor. Ocupábamos la segunda fila de bancos y detrás de nosotros había dos hileras más. Durante los cinco minutos que tardaron en inyectarnos el sedante, tuve tiempo de darme la vuelta un par de veces más y descubrir la identificación de color en la pechera de mis compañeros. Había rojas, azules y verdes. Después me quedé profundamente dormido.

Cuando me desperté, la oscuridad era la misma. La voz de un hombre, que abrió desde fuera la puerta corredera, nos conminó a levantarnos por colores (los rojos, los verdes y los azules) y seguirlo. Los rojos fuimos los últimos. Nos hicieron formar mili-

tarmente fuera del camión cuando ya no había ni rastro de los verdes ni de los azules. Era de día. Un minuto más tarde apareció un autocar tronado. Nos hicieron subir y sentarnos una persona cada dos asientos. Una vez colocados, nos volvieron a sedar, en esta ocasión con una pastilla.

Soñé: reviví momentos y espacios concretos del lugar de donde procedía. El amontonamiento de las camas, el frío dentro de las Naves de techos altos. En los sueños, todas las imágenes coinciden y cambian rápidamente: primero estás en las literas con Pablo y Eric, y de repente estás en la sala de entrenamiento con el Maestro Kai, pero al cabo de un instante, no es el Maestro Kai quien dirige los entrenamientos de lucha, sino otra persona. En los sueños todo pasa deprisa y a la vez. Una persona son muchas personas y un lugar son muchos lugares al mismo tiempo. Mi estrategia de supervivencia había sido pasar desapercibido a los ojos de todo el mundo. No llamar la atención. No hacerme visible, ni necesario. No ser dominante, pero tampoco objeto de burla. Protegerme y defenderme en su justa medida.

Aquellos consejos me los había dado la mujer mayor que me había rescatado, perdido y herido, en la playa después del Impacto. La anciana nos recogió a los tres, dos niños y una niña, y nos tuvo en su casa, nos alimentó y nos vistió. Después, cuando llegaron los Hombres Extraños, nos escondió. No recuerdo con nitidez la cara de la Vieja. Era autoritaria y tacaña. No nos daba suficiente comida, quizá porque no tenía ni siquiera para ella. Al principio fue cariñosa, pero enseguida cambió. Eso sí, me acuerdo de la paliza que le dio a Muriel el día que se escapó. También recuerdo, por supuesto, cómo la vendió. Y luego a Lucas. Por aquel entonces estaba obsesionada con comprar comida. Como todos los supervivientes, vaya. Antes de que se atreviera

a venderme a mí, la amenacé con un cuchillo que había robado de la cocina.

–Llévame a las Naves, vieja loca –le exigí.

Y ella aceptó y me llevó. Y mientras me conducía allí me dio los consejos. Y yo los agradezco. La mujer estaba sonada y era mala, pero gracias a sus recomendaciones he podido sobrevivir.

Un día, en las Naves, intenté confeccionar un calendario. Quería calcular cuántos años habían transcurrido desde el Impacto para saber qué edad tenía. Otra cosa que debía agradecer a la Vieja es que me enseñara a contar. A contar y a leer bien. Lucas, Muriel y yo aprendimos mucho con ella. Cuando me dejó en las Naves, le preguntaron si yo sabía leer y escribir, y la Vieja les contestó que sí, que ella me había enseñado. En el comedor de la casa, la mujer conservaba una estantería llena de libros. Había novelas, diccionarios y atlas. A menudo Lucas y yo nos sentábamos en el suelo y consultábamos aquellos tomos antiguos donde estaban dibujados los continentes y los países que desaparecieron tras el Impacto. En el Pabellón 1 de las Naves, todos sabíamos leer y contar, recibíamos clases de inglés dos veces a la semana, con la Señora Hu, que era de origen chino, pero había crecido en el Territorio y había sido maestra de escuela antes del desastre. Los niños de los otros pabellones no tenían clase con la Señora Hu. Eso sí, ellos y nosotros, los aventajados del Pabellón 1, compartíamos entrenamiento diario con el Maestro Kai. Con él utilicé la misma estrategia: no destacar. No ser demasiado valiente, pero tampoco un cobarde; no ser demasiado diestro con las armas ni en la lucha cuerpo a cuerpo, pero tampoco un negado ni un pusilánime. De todas maneras, el Maestro Kai se fijó en mí y me respetaba porque estaba en el Pabellón 1 y porque le recordaba a alguien a quien había tenido mucho cariño.

El calendario lo hice en una hoja de papel que robé un día de la clase de la Señora Hu. Sabía cuántos años tenía antes del Impacto (cuatro, a punto de cumplir cinco) y qué año sucedió el desastre. A partir de entonces, todo era confuso. ¿Cuánto tiempo pasé con la Vieja chiflada en compañía de Lucas y Muriel? Me esforcé por recordar anécdotas que me situaran en verano o en invierno para poder computarlo. El tiempo, quiero decir. Fue muy complicado, sobre todo a partir del momento en el que tuvimos que escondernos en aquella habitación del desván para que los Hombres Extraños no nos encontraran. Recordaba haber pasado semanas enteras sin salir de allí. Las ventanas estaban selladas y no sabíamos nunca si era de noche o de día. La Vieja se había preocupado (¿otra cosa que agradecerle?, al final tendré que hacerle un monumento a la Vieja grillada) de que no se notara nuestra presencia. Nosotros oíamos a los hombres en la calle, peleándose entre ellos, o intentando entrar en la casa. Oíamos con claridad los disparos de sus armas (¿contra qué?, ¿contra quién?), y dos veces al día unos golpecitos en la puerta precedían la llegada de las escasas raciones de alimento que los tres niños ingeríamos hambrientos. Cuesta calcular la duración de aquel encierro obligado. Durante unos días no oímos el griterío ni las carreras de los Hombres Extraños, y entonces la Vieja nos permitió abandonar el desván y campar por la casa. Sin embargo, no podíamos salir a la calle. Lucas aseguró que a través de la ventana había visto a la Vieja arrastrar un cuerpo cogiéndolo por las piernas para llevarlo más allá del enrejado.

Al cabo de un tiempo regresaron los Hombres Extraños, que era como los llamábamos nosotros, pero la Vieja no nos encerró en el desván. Nos advirtió del peligro de salir de casa y nos recomendó mantenernos fuera del alcance de aquellos tipos. Lu-

cas y Muriel, que eran mayores que yo, la acompañaban de vez en cuando a recoger leña. Se iban los tres bien temprano por la mañana y volvían con la carretilla llena de troncos y ramitas. Debía de ser invierno, porque aquella leña servía para encender la chimenea y calentarnos al atardecer. Imagino que en una de aquellas salidas Muriel conoció a alguien y estuvo fuera dos días. Cuando regresó, la Vieja le pegó delante de nosotros. La tiraba del pelo y decía que era una mala pécora, y que aquel tío no la quería para nada bueno. Lucas y yo no sabíamos a quién se refería. Muriel lloraba e insultaba a la mujer. Al cabo de pocos días, la Vieja la vendió. Lucas y yo, por la puerta medio abierta de la cocina, vimos a un hombre que le entregaba unas cajas llenas de ropa y alimentos. Muriel estaba allí con ellos, cabizbaja. Luego se marcharon los dos. No se despidió de nosotros.

La Vieja cambió después de que Muriel se fuera. Dejaba entrar a los Hombres Extraños en casa y bebía con ellos mientras nosotros estábamos en el desván. Las raciones de comida eran más generosas y la vigilancia, menos estricta. A Lucas y a mí nos dejaba ir a bañarnos al mar (debía de ser verano, entonces) y jugar en la arena con una pelota de plástico. Era extraño ver la playa tan vacía, toda para nosotros. Yo recordaba haber estado alguna vez allí, con mis padres, pero entonces estaba llena de bañistas, toallas y tablas de surf. Cuando iba con Lucas no había ni un alma y a menudo teníamos que limpiarla un poco para jugar al fútbol sin clavarnos en los pies la basura que escupía el mar y nadie recogía, según nos decía la mujer.

Durante nuestras escapadas, Lucas y yo comprobamos que solo nuestra casa, la de la Vieja, estaba habitada. La mayoría de las demás habían quedado destrozadas por el Impacto, aunque había más de una que se aguantaba derecha. No había nadie

dentro, y Lucas y yo recorriamos los comedores y los salones desolados, las habitaciones sucias con camas desvencijadas y los colchones destrozados, llenos de excrementos de humanos y de animales. Habían saqueado las cocinas y las despensas, y solo una vez encontramos una bolsa de papel llena de azúcar blanco que devoramos en un plis plas.

–Esto era una urbanización –me explicó Lucas–. Yo vivía en una casa parecida, no muy lejos de aquí.

Dos o tres veces descubrimos cuerpos sin vida y en descomposición dentro de aquellas viviendas fantasma.

Por aquella época apareció Ramón por la casa. La mujer nos contó que Ramón era una buena persona y que no teníamos que temerle. Comía con nosotros y ayudaba a la Vieja a buscar leña, o reparaba el tejado estropeado. Ramón tenía la edad de mi padre y siempre iba sucio y armado. Un día vi cómo disparaba contra los Hombres Extraños desde la ventana del desván. La Vieja y Ramón se entendían bastante bien, y el mal carácter de la mujer se había suavizado desde que él se quedaba a dormir en casa. Reconozco que fue una buena temporada la que vivimos los cuatro juntos.

Pero los Hombres Extraños regresaron. Cada vez había más alrededor de la casa y nos los encontrábamos rondando por la playa y encendiendo hogueras. La Vieja decidió volver a encerrarnos en el desván y Ramón estuvo de acuerdo. Aquel periodo de reclusión fue duro, y muchos días no nos llegaba ni pizca de comer. No volvimos a ver nunca más a Ramón. Un día la Vieja subió al desván y le dijo a Lucas que tenía que irse. El chico se resistió, pero ella le obligó de malas maneras a salir del escondite. Me quedé solo, encerrado en aquel lugar frío y húmedo, durante unas cuantas semanas. Después la mujer me vino a buscar

y me aseguró que el peligro había pasado y que podíamos volver a hacer vida normal. Lucas no estaba, pero sí había comida en la despensa y leña en abundancia. Estoy convencido de que la Vieja lo vendió, como había hecho antes con Muriel.

El efecto de la pastilla de sedación me provocó arcadas cuando me desperté. Era noche cerrada y no podía distinguir por dónde avanzaba aquel autocar miserable. Me quedé muy quieto a la espera de que el mareo remitiera. Pasado un rato, les eché un vistazo a mis compañeros de viaje. La mayoría aún dormía, y todos lucían la etiqueta roja en el pecho de la camisa. Éramos muy jóvenes, más chicos que chicas. Del conductor solo veía la nuca debajo de la gorra militar. A su lado iba sentado el tipo que nos había custodiado durante el trayecto. Ambos estaban despiertos y conversaban en voz baja.

Progresivamente se fue haciendo de día. La luz del sol dio forma a los árboles a los dos lados de la carretera que subía montaña arriba. A derecha e izquierda había tantos troncos y copas apretadas que pensé que atravesábamos algún tipo de bosque.

—¿Sabes adónde vamos?

La pregunta me la hizo un chaval sentado en mi fila, al otro lado del pasillo. No alzó la voz, pero aun así miré alarmado en

dirección al conductor y al vigilante, que nos habían prohibido abrir la boca durante el viaje.

–¿Sabes adónde vamos? –repitió el chico.

Negué con la cabeza. Clavaba los ojos en mí, arrellanado en su asiento. Nos sostuvimos la mirada unos cuantos minutos.

–A la Reserva, supongo –dije finalmente.

Él no reaccionó de ninguna manera. No movió ni un músculo. Ni parpadeó. De pronto cerró los ojos y dejó de mirarme.

Sabía pocas cosas de la Reserva. El Maestro Kai me había asegurado que había media docena en todo el Territorio. La primera vez que oí hablar de ellas fue en el amplio dormitorio de las Naves. Antes de meternos en la cama, cuando ya habían hecho sonar el toque de queda, un compañero nos reunió a los más cercanos para informarnos de la existencia de las Reservas. Anunció que allí vivían familias. «¿Familias como las de antes? ¿Como las que tuvimos nosotros?», le preguntamos todos.

El concepto de familia, incluso la palabra, había quedado en desuso después del Impacto. No había familias. Todos habíamos perdido a nuestra familia. Todos habíamos perdido a un padre, a una madre o a un hijo. ¿Qué tipo de «familias» eran las que vivían en las Reservas? El compañero que nos habló de aquello no tenía más información. Sin embargo, aquellas dos palabras, «Reserva» y «familia», se me quedaron grabadas en la cabeza y pensaba en ellas con mucha frecuencia.

Mi familia estaba formada por tres personas: mi madre, mi padre y yo. Cuando existíamos como familia, había electricidad, vehículos particulares, trenes de alta velocidad, ordenadores y redes sociales. Había calor en los hogares y había lugares llenos de productos que se podían comprar para consumirse. Pensar en la familia era retroceder a tiempos remotos, antes del Impacto.

Tengo pocos recuerdos de aquella época y los que me quedan son poco consistentes y a veces se confunden con los sueños. Tengo recuerdos tiernos de mi madre. Tengo sensaciones cálidas, como cuando me abrazaba. Recuerdo su cuerpo caliente pegado al mío encima de una cama antes de quedarme dormido. Recuerdo que decía palabras dulces, que tarareaba canciones... Había una mujer que se parecía a mi madre: la maestra de la guardería. Por aquel entonces había guarderías, colegios y maestros.

Entre los compañeros de las Naves a menudo nos contábamos cómo habíamos vivido el Impacto. Yo era muy pequeño, pero algunas imágenes no las olvidaré nunca. Sé, por ejemplo, que no estábamos en casa. Creo recordar que mis padres tenían mucho miedo de lo que anunciaba el Gobierno por televisión y por las redes, y que, como muchos otros, escogieron abandonar la ciudad y refugiarse en un pueblo pequeño cerca del mar. Había quien aseguraba que el agua podía proteger a las personas del Impacto. Conservo el recuerdo de sensaciones de pánico por todas partes. Carreteras colapsadas, gente llorando mientras cargaba un montón de cosas en los maleteros de los vehículos. Caos en las calles, en las tiendas, en las autopistas. Recuerdo que mi padre decía que saldríamos de aquella, que la ciencia y la tecnología detendrían el Impacto.

No fue lo que pasó. El Impacto llegó y lo destrozó todo. No quedó prácticamente nada en pie. El mar no fue un refugio.

Era de día y debía de ser verano, porque hacía calor y a nadie le daba pereza meterse en el agua. Había centenares de personas en la playa. Centenares de personas entrando en el mar. Mi madre me llevaba de la mano. Alguien daba órdenes por megafonía. Animaban a los padres a no perder de vista a sus hijos; rogaban que los abuelos no se alejaran de la orilla y que se aseguraran de

hacer pie; pedían a los bañistas inexpertos que utilizarasen tablas de surf, flotadores o chalecos inflables. Los nadadores más cualificados habían avanzado muchos metros mar adentro hacia una zona donde había embarcaciones de todo tipo llenas hasta los topes. Creo recordar que mi padre ofreció una buena suma de dinero para que alguno de los navegantes nos permitiera subir a su barco y alejarnos de la línea de la costa, pero no lo consiguió. Antes de dirigirnos a la playa, aquel mediodía, mis padres enterraron un montón de dinero, posiblemente todo el que tenían, en un lugar de la urbanización. «Si alguno de los tres sobrevive, esto que enterramos aquí nos ayudará a seguir tirando. Grabaos bien este escondite en la cabeza.»

Yo fui el único que sobrevivió. Milagrosamente.

Después del Impacto pasó un lapso de tiempo que no sé determinar. Cuando recuperé la conciencia, estaba empapado y tumbado boca abajo en la arena. Vomité mucha agua. La nube negra se disipó. El fuego y la marejada cesaron. El ruido ensordecedor se fue atenuando hasta que dejó de oírse.

Cuando descubrí, aterrorizado, que de todo aquel gentío que había entrado en el mar yo era el único superviviente, intenté orientarme. Un mundo devastado y lleno de cadáveres se extendía a mi alrededor en medio de una neblina de hollín. Todo se había transformado y nada era reconocible. Deambulé un par de días, muerto de hambre, por aquel infierno de silencio, escombros y restos humanos. Buscaba el escondite del dinero, pero era imposible identificar el lugar donde mi padre lo había enterrado. Pero ¿de qué habría servido encontrarlo? Descubrí un hotel. La fachada, llena de balcones, se había ennegrecido por el hollín, pero el edificio se mantenía en pie y no parecía haber sufrido grandes desperfectos. No había nadie. Nadie vivo, pero tampoco nadie muerto.

Encontré una despensa enorme en el espacio ocupado por la cocina. Los armarios estaban llenos de víveres en buen estado. En un rincón se amontonaban cajas de plástico repletas de botellas de refrescos. Busqué una habitación de la tercera planta, una desde la que no se viera el mar plagado de basura y cadáveres. Me abastecí de un montón de provisiones y me quedé encerrado prácticamente una semana. No había agua, claro, ni electricidad, pero disponía de cama y lavabo. La habitación estaba preparada para acoger a huéspedes. No oí ni vi a nadie durante aquellos días. Al final decidí salir a inspeccionar la zona: la devastación había sido total.

Cada mañana salía y regresaba a mi habitación al atardecer. Un día, cuando ya había perdido toda esperanza de encontrar a alguien con vida, descubrí la silueta de la Vieja armada con un fusil y caminando por la playa.

–¡No te muevas o te pego un tiro! –gritó.

Caí de rodillas al suelo, con las manos levantadas.

–No dispare, señora, por favor. Solo soy un niño.

* * *

El autocar se detuvo delante de una explanada. Nos hicieron descender en orden y en silencio, y el vigilante nos obligó a formar uno al lado del otro. Nos mandó bajar la cabeza mientras se despedía del conductor. Cuando el vehículo se hubo marchado, el vigilante gritó «¡Descanso!», y pudimos levantar la cabeza y adoptar una posición menos rígida. Delante de nosotros se alzaba una verja altísima que parecía no tener fin, ni por la derecha ni por la izquierda. Al otro lado, se extendía un campo yermo por el que avanzaba hacia nosotros una docena de personas.

Lo que más me sorprendió de ellas fue la vestimenta. No iban uniformadas. No veía a nadie sin uniforme desde el día que entré en las Naves en compañía de la Vieja. Los hombres y las mujeres que se acercaban llevaban ropa parecida a la que había antes del Impacto. Distinguí camisas, blusas y faldas.

El grupo se detuvo al otro lado de la verja.

–¿Eres Blur? –preguntó un hombre al vigilante.

–Sí. Soy yo. Traigo el envío acordado.

–¿Cuántos son? –siguió preguntando el hombre.

El vigilante se colgó la metralleta en bandolera y consultó una hoja de papel que se había sacado del bolsillo.

–Ocho. ¿Es correcto?

El hombre que hablaba también consultó un papel que llevaba encima. Entonces hizo un gesto a una de las mujeres, que se sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta, que estaba bien disimulada en medio de la verja.

–Os iré llamando por orden –nos informó el vigilante–. Cuando diga vuestro nombre, dirigíos a la puerta y esperad instrucciones.

La primera fue una chica más joven que yo. Avanzó hacia la verja y se quedó clavada delante de la puerta. Allí le hicieron repetir su nombre. Entonces, uno de los hombres vestido de calle alzó el brazo y ordenó a la chica que entrara y lo acompañase. Vi cómo dialogaban, y después se estrecharon la mano antes de dar media vuelta y echar a caminar campo a través, dándonos la espalda.

Fui el quinto al que llamaron.

–Max Azul.

Cuando llegué a la puerta, repetí mi nombre y se me acercó una mujer relativamente joven. Iba vestida toda de blanco. Lle-

vaba puesta una falda que le llegaba hasta los tobillos, y alrededor del cuello se le enrollaba una especie de pañuelo peludo.

–Bienvenido a casa, Max –me dijo, y me alargó la mano para que se la estrechara–. Soy Sara. Espero que hayas tenido buen viaje.

Asentí y le di las gracias. Ella sonrió. Hacía años que no veía a una mujer tan atractiva. Iba maquillada y se había pintado los labios de color rojo. Llevaba el pelo recogido en un moño alto y bien peinado.

–Ahora iremos a casa y te presentaré a tu familia –dijo, y me guiñó un ojo–. En esta Reserva nos distribuimos por grupos familiares. Tú no tienes familia, ¿verdad, Max?

–No, señora –contesté.

–No me llames «señora» –me pidió, y me puso una mano encima del hombro–. A partir de ahora soy tu madre y quiero que me trates de tú.

Con el brazo me indicó el camino y nos pusimos a caminar uno al lado del otro. Yo no sabía si me tocaba hablar a mí o bien si era ella quien tenía derecho al interrogatorio. Pero la mujer no dijo nada mientras nos alejábamos de la verja y después me hizo un resumen bastante completo de cómo funcionaba la Reserva.

Intenté estar atento a sus comentarios, pero me sentía agitado por dentro debido a todo lo que me estaba pasando. Una familia. Una nueva madre. Yo había tenido una madre, pero poco a poco iba arrinconando su recuerdo. Hasta había olvidado su voz. Las palabras que definían los lazos familiares también habían caído en el olvido. Padres, hermanos, abuelos, tíos. Hacía años que no usaba ninguno de aquellos sustantivos.

La Vieja, al principio de nuestra convivencia, nos había propuesto que la llamáramos abuela, pero ninguno de los tres había accedido.

–¡Usted no es mi abuela! –le había soltado Muriel, que era la mayor y la más respondona de los tres–. ¡Yo ya tengo dos abuelas!

La Vieja le había dicho que era una malhablada y una desagradecida, pero no insistió más en el tema. Tiempo después, empezó a hablarme de Lucas y Muriel refiriéndose a ellos como «tus hermanos». «Venga –me decía–, vete arriba a ver qué hacen tus hermanos» o «Dile a tu hermana que se abrigue, que tenemos que ir a buscar leña». Pero nosotros tres jamás nos consideramos hermanos, y cuando me dirigía a la Vieja, no decía nunca «mi hermano» o «mi hermana», sino «Lucas» o «Muriel». Eso sí, los tres habíamos oído a la Vieja referirse a nosotros como «mis niños» cuando hablaba con los desconocidos o más tarde con Ramón. Sin embargo, nunca la oímos decir «mis nietos».

En el Pabellón 1 de las Naves llamaban a cada uno por su nombre. Tan solo en las instrucciones, en los entrenamientos y en las clases de la Señora Hu se nos llamaba por un número. Ninguno de mis compañeros ni mis compañeras tenía padres, de eso estaba seguro. Todos eran huérfanos como yo. Todos habíamos tenido la suerte (o la desgracia) de haber sobrevivido al Impacto.

–¿Te gusta hablar, Max? –me preguntó Sara al cabo de un rato.

–Sí.

–Y ¿por qué no lo haces?

Estábamos llegando al final del campo abierto y ya divisábamos lo que debía de ser la entrada a la Reserva: un montón de construcciones se alzaban detrás de una muralla no muy alta, coronada por dos torres de vigilancia similares a las que había en las Naves.

–Allí de donde vengo, un adulto nos tenía que dar permiso para hablar.

–¿Ah, sí? –se extrañó la mujer–. Pues aquí es diferente, ya lo verás. Puedes hablar cuando quieras. Lo tendrás que hacer de manera educada y respetuosa, por supuesto, pero podrás dirigirte a quien quieras y cuando quieras. Es parecido al tipo de vida que teníamos antes. ¿Recuerdas cómo era la vida antes del Impacto, Max?

–No mucho. Era muy pequeño cuando ocurrió.

–¿Cuántos años tenías entonces?

–Casi cinco, creo.

Sara sonrió, pero no añadió ningún comentario.

Encima de una de las torres había dos hombres armados que saludaron a Sara con una inclinación de la cabeza mientras cruzábamos la puerta de la muralla.

3

Mi familia en la Reserva estaba formada por ocho personas. Sara me las presentó cuando llegamos a la casa donde vivían. Como la mayoría de las construcciones que se alzaban en el interior de la muralla, el habitáculo constaba de dos plantas, estaba hecho de ladrillos y habían encalado la fachada. Tenía un tejado a dos aguas y un jardincito en la parte posterior. La casa era la tercera de un conjunto de cinco, todas iguales pero pintadas de colores diferentes. Su alineación, paralela a cinco casas más que había delante, limitaba una vía que denominaban Glorious Road, en inglés.

–Se cogió como modelo lo que, antes del Impacto, era un pueblo de un estado del noroeste de los Estados Unidos de América –me explicó Sara mientras íbamos hacia casa–. No sé por qué lo hicieron así, ni de quién fue la idea. Cuando llegué aquí hace tres años, la Reserva ya estaba urbanizada y habían puesto nombre a las calles. Sé que hay otras que se han inspirado en pueblos de lo que antes era Suiza o Italia –añadió.

El Maestro Kai y la Señora Hu nos habían hablado de esos sitios a los que hacía referencia la que sería mi nueva madre. Antes eran países que pertenecían a continentes. Y cada país tenía su lengua, sus ciudades y sus calles. Después del Impacto todo se había transformado y muchos de esos lugares habían desaparecido, especialmente aquellos que se encontraban en el epicentro de la gran explosión. Por suerte, decían el Maestro Kai y la Señora Hu, donde vivíamos nosotros quedaba muy lejos de la zona más afectada y por eso algunos habíamos sobrevivido.

Yo siempre he imaginado cómo debió de afectar el Impacto a las zonas del epicentro, porque si nosotros, que vivíamos a miles de kilómetros, habíamos sufrido unas consecuencias tan devastadoras, era fácil adivinar el infierno de los que vivían cerca.

La gran bola de fuego lo arrasó todo, dicen.

No se salvó ni la más diminuta de las plantas, ni el más pequeño de los insectos. Aquella materia medio sólida incandescente lo consumió todo y borró hasta la más mínima huella de vida. El movimiento de tierra y mar provocado por el Impacto cambió la forma, los límites y la estructura del planeta conocidos hasta entonces. Los adultos supervivientes que sabían cómo era habían hablado un poco de ello. Ciudades preciosas, playas paradisíacas, montañas altísimas con cumbres llenas de nieve. Una gran muralla en el continente de origen de la Señora Hu, por ejemplo. Cataratas impresionantes, desiertos de arena dorada, fiordos anchísimos, selvas espesas, ríos de caudal gigantesco. Ciudades inundadas de luz, autopistas de ocho y diez carriles. Monumentos antiguos hechos mil años atrás. Museos, centros comerciales, bibliotecas, palacios de congresos, instalaciones deportivas. Grandes centros tecnológicos que habían desaparecido o que no podían funcionar por la falta de energía.

Todo había dejado de funcionar. Todo había desaparecido. Solo quedaba el recuerdo en la mente de los adultos que lo habían vivido.

–Me has dicho que no quedó nadie vivo de tu familia anterior, ¿verdad, Max?

–No, nadie.

–¿Eres del Territorio? Por tu manera de hablar, me imagino que sí.

–Sí. De la zona sur. ¿Y usted?

–Insisto: quiero que me trates de tú –dijo–. Yo no. Trabajaba en el Territorio, pero nací en un país que se llamaba Colombia. Estaba en Sudamérica. No me dio tiempo a volver a casa cuando nos enteramos de que el Impacto era inminente e inevitable.

–Lo siento. ¿Tenías familia allí?

–Tenía allí y aquí. Ahora ya no tengo en ningún sitio.

–Lo siento... –repetí.

–Bueno, ahora vuelvo a tener –me interrumpió, sonriendo–. Y estás a punto de conocerla. Mira, esta es nuestra casa.

En una sala espaciosa me esperaban las siete personas que, junto a Sara, formaban mi familia. Las dos más viejas estaban sentadas en dos butacas, una al lado de la otra. Ella era de piel negra y tenía una mirada bondadosa. Se llamaba Jasselle y no perdía nunca la sonrisa. Confié en aquella sonrisa desde el primer minuto. A su lado, de piel blanca y tuerto del ojo derecho, estaba sentado Jaume. Era mucho mayor y sostenía un bastón de madera entre las piernas.

–Jasselle y Jaume son tus abuelos –me dijo Sara–. Los primeros días te costará entenderte con ellos. Jaume sufre demencia senil y tiene problemas de movilidad agravados por la diabetes, que ya lo ha dejado ciego de un ojo. Jasselle no es del Territorio.

Procede de lo que antes era África central y llegó hace dos meses a la Reserva. Solo habla en su idioma, pero es muy expresiva.

Detrás de las butacas de los ancianos había un hombre de unos cuarenta años. Iba bien vestido y no tenía ni un pelo en la cabeza. Parecía fuerte, estaba musculado. Tenía unos hombros anchísimos. Por el cuello de la camisa le sobresalía un tatuaje que debía de ser un dragón o una serpiente enorme.

–Tu padre se llama Nikolai. Es el cabeza de familia y el que toma, junto a mí, las decisiones importantes. Le debes respeto y confianza. Harás lo que te diga.

–Hola, Max –me saludó el hombre.

Hablaba la lengua del Territorio, pero con un deje extraño.

–Hola, padre –lo saludé, y él asintió con la cabeza.

–Tus hermanos son Xavi, Lini, Muntsa y Pau. Xavi y Lini son de tu edad. Los cuatro han nacido en el Territorio. Pau es el único que nació después del Impacto, pero sus padres biológicos murieron. Nuestra agrupación familiar –me explicó Sara– consta de ocho miembros, como la mayoría de las agrupaciones de Ohio. ¡Ahora ya somos nueve!

Las prendas de ropa que llevaban puestas eran de color blanco. Salvo los zapatos, que cada uno llevaba de un color diferente.

Le pregunté a Sara si todo el mundo iba vestido de blanco.

–No. Tu padre y yo escogimos el color. Espero que te guste y te sientas cómodo. ¡Con la familia, quiero decir, no con el color! –exclamó Sara, y mis hermanos se rieron de la ocurrencia. Yo los imité.

–¿Vienes de las Naves, Max? –me preguntó Muntsa.

–Sí.

–Yo viví allí dos años. No me suena haberte visto.

–Cariño, allí vivían muchos niños –le dijo Nikolai–. Sería mucha casualidad que hubierais compartido pabellón al llevaros algunos años de diferencia.

–En mi pabellón había niños de la edad de Max... –replicó la chica.

–A lo mejor él llegó cuando tú ya te habías marchado...

–¿Cuántos años estuviste en las Naves? –insistió Muntsa.

Sara se aproximó al abuelo Jaume, que le había hecho un gesto con la mano, y acercó la oreja a la boca para que el anciano pudiera oír lo que le decía.

–¿Que quién es? Es Max –le explicó ella, levantando la voz–. Tu nieto. Max.

El hombre asintió y Jasselle, comprensiva, le acarició la mano que el abuelo mantenía encima de su rodilla.

–Xavi y Lini, por favor, acompañad a Max a vuestra habitación y dadle ropa. Mostradle cuál es su cama y dónde está el lavabo. Después dejadle descansar un rato y bajad a ayudarme a hacer la comida. Recordad que esta tarde tenemos reunión.

Los dos interpelados asintieron y me invitaron a acompañarlos escaleras arriba. Mientras avanzábamos, pensé inevitablemente en Muriel y Lucas cuando subíamos al desván de casa de la Vieja. Con ellos había jaleo y carreras. Con mis nuevos hermanos todo eran palabras y gestos moderados.

En nuestra habitación había tres camas individuales, separadas por mamparas que alguien había decorado con dibujos. Las camas estaban bien hechas y disponían de almohada. Hacía años que no dormía en una cama como aquellas.

–¿Cuánto hace que vivís aquí? –les pregunté–. ¿Sabéis cuánto hacía que no dormía en una cama con almohada?

Ninguno de los dos dijo nada, pero se miraron el uno al otro.

Les pregunté si estaba prohibido hablar sin la presencia de un adulto. Ambos negaron con la cabeza, pero no contestaron a mi pregunta.

Lini tenía rasgos orientales, pero no era china como la Señora Hu. Se dirigió al armario empotrado en la pared, sacó unas prendas de ropa de color blanco y las dejó encima de la que debía de ser mi cama.

—El lavabo está en el pasillo. La segunda puerta a la derecha. Descansa y cámbiate de ropa. Subiré a buscarte a la hora de comer.

No esperaron a que yo dijera nada para darse la vuelta y salir de la habitación.

A pesar del cansancio y los efectos de la sedación durante el trayecto, me costó quedarme dormido en aquella cama tan cómoda. Boca arriba y con los ojos bien abiertos, me sentí feliz de haber llegado a la Reserva y de haber encontrado a una familia comandada por una mujer tan amable como Sara. Sí, había tenido la suerte que muchos compañeros de las Naves no tendrían nunca, y debía estar orgulloso.

Recordé el día en que le pregunté al Maestro Kai por las Reservas. Yo ya había acabado la instrucción y llevaba rato sentado en cuclillas en un rincón, aguardando a que los otros chicos y chicas salieran del hangar. El Maestro Kai consentía en que lo esperase al final del entrenamiento para charlar un poco y a menudo me permitía acompañarlo a sus dependencias con la excusa de ayudarlo a llevar herramientas o armas. Aquel día, mientras él recogía el material y rellenaba las fichas, le conté que un compañero del pabellón me había hablado de las Reservas y de las familias que vivían allí. ¿Era cierto? ¿Qué podía hacer para ir a vivir a un lugar como aquel?

–No sé mucho –dijo evasivo–, pero no creo que sea un lugar para ti. Es preferible que te quedes aquí. Todavía no has aprendido todo lo que tienes que saber.

Yo había llegado a las Naves después de pasar unos años con la Vieja, Lucas y Muriel. Allí no había disciplina estricta, ni horarios, ni normas como no hablar sin pedir permiso. A pesar del miedo, el hambre y las temporadas en el desván, a pesar del carácter de la Vieja y la amenaza de los Hombres Extraños que de vez en cuando rondaban la casa, disfrutábamos de cierta libertad. Pero entrar en las Naves lo había cambiado todo. Costaba mucho establecer lazos de amistad con los otros niños, porque estábamos sometidos a normas y horarios desde que nos despertábamos hasta que nos íbamos a dormir. Todo estaba programado y, como decían los jefes, vivíamos bajo un régimen militar. «La clave de vuestra supervivencia es el cumplimiento de unos preceptos», nos repetían centenares de veces. Quien no acataba las reglas era castigado. Los correctivos consistían en la aplicación de violencia corporal y tenían como consecuencia el dolor físico. «A ninguno de nosotros nos gusta pegaros –solían decir los jefes–, pero todos sabemos que en situaciones de emergencia como la que vive nuestro planeta es la única arma que tenemos para salvaros.»

A mí me habían pegado pocas veces porque había seguido escrupulosamente los consejos de la Vieja. Que no se me viera, no destacar, no llamar la atención. Pasar desapercibido. Había chicas y chicos que provenían directamente de la vida salvaje. Chicos y chicas que habían vivido como animales desde que habían perdido a su familia después del Impacto. Todas las mañanas de su vida se habían despertado en un mundo hostil y habían tenido que luchar para encontrar un refugio donde dor-

mir o un trozo de comida que echarse a la boca. Chicos y chicas que habían convivido con los Hombres Extraños, que saqueaban poblaciones, e incluso que habían formado parte de sus bandas. Chicos que no sabían leer ni escribir, que hablaban mal, que habían sido heridos y lucían cicatrices espeluznantes que a saber cómo se habían hecho. Ellos sí llamaban la atención, claro. Ellos sí necesitaban un «régimen militar» para enderezar sus comportamientos y sus actitudes, y eran los que normalmente recibían los castigos corporales, porque provocaban trifulcas y problemas. No estaban en el Pabellón 1, pero compartían con nosotros las horas de instrucción, de lucha y, de vez en cuando, de estudio.

Ninguno de ellos tenía la opción de acceder a las Reservas, eso lo entendía. Pero ¿por qué yo no?, le pregunté aquel día al Maestro Kai. ¿Por qué yo no podía aspirar a una vida diferente, a la libertad y al amor de una familia?

–Las Reservas son pruebas piloto que no sabemos si llegarán a funcionar –me respondió, intentando quitarme la idea de la cabeza–. La gente que participa, por lo que se comenta, no son normales como tú o como yo.

–Pero ¡yo aquí no estoy bien! ¡No estoy hecho para vivir como en las Naves, Maestro Kai! –me lamenté.

–Estoy aquí para protegerte, chaval.

No sé cuánto rato llevaba durmiendo cuando Lini vino a despertarme.

–Tienes que bajar. Ya estamos sentados a la mesa.

Fue mi primera comida en familia. Sara, con la ayuda de Lini y Xavi, nos servía en el plato. Podíamos coger la jarra de agua cuando teníamos sed y llenarnos el vaso sin pedir permiso. Sara y Nikolai sacaban temas distintos, y mis hermanos participaban

activamente en la conversación. A mí me preguntaron pocas cosas durante la comida y me pareció un poco extraño porque yo era la novedad en aquella reunión. La abuela Jasselle, tan negra y con el pelo tan blanco, estaba pendiente de mí y me sonreía cada vez que me miraba.

Lo que comimos era muy sabroso. Se sirvieron dos platos diferentes: primero verdura y después una tortilla.

–Los huevos son nuestros –explicó Sara–. Tenemos tres gallinas y un gallo. Después Lini te mostrará dónde viven y te enseñará el huerto que cultivamos y que nos abastece. Cada agrupación familiar dispone de su huerto y sus animales, y cada una tiene la obligación de ceder a la comunidad una parte de los productos que se generan. Frutas, verduras, hortalizas, huevos, leche, carne... Tú nos ayudarás, Max. Se agradecerán dos manos jóvenes para mejorar el rendimiento de la familia.

Sara también me informó, mientras comíamos una pieza de fruta, de que esa tarde había una reunión. Cada semana, un representante del Consejo de la Reserva acudía a la casa y se encontraba con la familia para evaluar, y en algunos casos corregir, las actuaciones de sus miembros. El representante también podía mantener una conversación privada con alguien en concreto.

–Hoy querrá hablar contigo, sin duda. No tienes que preocuparte de nada. Será una entrevista informativa.

El representante de la Reserva, como comprobé enseguida, era un hombre muy respetado por todo el mundo. Era alto y delgado, con una abundante cabellera plateada, y vestía muy bien. Llevaba un abrigo negro y largo hasta los pies, impecable, unos pantalones también oscuros y unas singulares botas de montar. Su manera de vestir contrastaba con la nuestra, al ir todos tan

blancos. Cuando entró en casa, se quitó el sombrero de ala ancha que llevaba encasquetado. Nos sentamos alrededor de la mesa donde habíamos comido y el hombre sacó un montón de papeles de una bolsa. Primero preguntó si el nuevo miembro había llegado bien y enseguida Sara me lo presentó.

Mientras pasaba las hojas, habló un buen rato sin que lo interrumpieran. Se refirió a muchas cosas, como por ejemplo algunas reformas que se tenían que hacer en el hogar, los productos que se tenían que ceder a la comunidad, sobre los que habíamos hablado durante la comida, y los progresos de los hijos en el colegio. Todo parecía ir muy bien, como él mismo puntualizó, no tuvo que reprocharle nada a ningún miembro de la familia. A continuación, hizo una serie de preguntas personalizadas, que cada uno respondió con educación y respeto, y algunos, como los abuelos o Pau, con la ayuda de Sara y Nikolai. Después, y dirigiéndose a todos, sacó el tema de la protección de la Reserva y los avances en armas y maquinaria que la comunidad acumulaba para la defensa. Anunció que a partir de la semana entrante Xavi tendría que acompañar a su padre y a Lini a las clases de instrucción a las que yo, pasados unos meses, también tendría que incorporarme por cuestión de edad.

—Y ahora, si os parece bien, querría mantener una entrevista privada con Max.

Dicho esto, todos los miembros de mi nueva familia desaparecieron y me dejaron solo con el representante. El hombre se me quedó observando fijamente desde el otro lado de la mesa antes de comenzar a hablar. Yo esperé, cabizbajo.

—Bueno, Max. Bienvenido a casa. Sé que provienes de las Naves y mi misión será orientarte estos primeros días, ponerte al corriente de todo lo que tienes que saber. Sé que no tienes

mucha información, como todos los que llegáis aquí, y por eso iremos poco a poco...

–Me sedaron dos veces durante el viaje –lo interrumpí previsor–. He llegado hace tan solo unas horas.

–Claro. Todo requiere su tiempo y su momento. Primero es necesario que te adaptes al ritmo de tu familia y de la comunidad en general. Yo estoy aquí para ayudarte. –Hizo una pausa y echó un vistazo a los papeles que sostenía en las manos–. Tus capacidades nos facilitarán mucho el trabajo y de ellas dependerá el futuro de la Reserva. –Hizo otra pausa, pero en esta ocasión se me quedó mirando fijamente–. Iremos hablando sin prisa. Dentro de unos días te presentaré a los especialistas bajo las órdenes de quienes trabajarás. Pero antes que nada, conviene que te sitúes y te hagas una idea global de la vida que tenemos aquí. No tenemos que sufrir, Max. Una vez estudiado tu informe, me da la impresión de que esta primera fase la superarás con éxito –dijo finalmente, después de echarle un segundo vistazo a los papeles–. No me equivoco, ¿verdad?

Asentí con un golpe de cabeza seco y él sonrió con complicidad. Después se incorporó y me dio una hoja de papel.

–Esta es mi dirección. Quiero que vengas dentro de dos días, a media tarde. Informaré a tus padres de nuestra cita.